

Editorial

El nacimiento de una nueva revista es siempre una buena noticia, pero todavía lo es más si se propone, como en este caso, articular esas dos formas de hacer y saber, que son las ciencias y las técnicas, con la sociedad, es decir, con el lugar del que surgen y a cuyo servicio deben estar. Y, ciertamente, el mejor camino para cumplir con bien esta tarea de servir a la sociedad consiste en tratar de detectar en ella cuáles son sus mejores valores y en esforzarse por encarnarlos en la vida cotidiana a través del ejercicio profesional. Porque no hay ciencia y técnica auténticas si no se orientan por valores como el afán de verdad e innovación, ni el profesional se reduce a ser un mero técnico, experto en el manejo de los medios, pero ajeno a las metas de su actividad profesional.

Sin embargo, no siempre se ha reconocido algo tan evidente como qué ciencias, técnicas y valores éticos están estrechamente ligados entre sí. Por desgracia, en los comienzos del proceso de industrialización se practicó una separación tajante entre ellos, entendiendo erróneamente que ciencias y técnicas son racionales y objetivas, mientras que los valores son irracionales e introducen un principio de subjetivismo. Esta escisión quedó reflejada con toda claridad en el célebre postulado de la Neutralidad de la Ciencia, enunciado por Max Weber, según el cual, si la ciencia pretende ser objetiva, debe evitar cualquier tipo de valoración, debe limitarse a la comprobación de los hechos y poner los valores entre paréntesis.

El Principio de la Wertfreiheit, el Principio de la Neutralidad Axiológica de la Ciencia, se convirtió en un dogma de la racionalidad científica y técnica y tuvo por resultado una dicotomía nefasta: el cientificismo positivista en las ciencias y las técnicas, y el emotivismo en el mundo ético y político. Es decir, la convicción de que las ciencias y las técnicas deberían ocuparse de hechos y tratarlos racionalmente, mientras que la ética y la política se harían cargo de los valores, que serían cosa de las emociones, y no de la razón.

Una buena muestra de esta grotesca división del trabajo, tan ajena a la realidad, se muestra en un texto tan ilustrativo como la espléndida novela de Charles Dickens, *Tiempos difíciles*, que es un contundente alegato contra el cientificismo positivista. El comienzo de la obra nos lleva a la escuela en la que Mister Grandgrind informa al maestro sobre el tipo de educación que quiere para los niños y las niñas. El texto es impagable:

Ahora lo que quiero son hechos. No enseñe a estos niños y niñas sino hechos. Los hechos son lo único necesario en la vida. No plante nada más y arranque cualquier otra cosa. Sólo podrá formar las mentes de los animales racionales con hechos: nada más podrá servirles nunca. Ése es el principio en el que educo a estos niños. ¡Aténgase a los hechos, señor! (p.ném)

Ciertamente, el final de la novela es aleccionador. Incapaces de orientarse por valores, porque sólo entienden de hechos, los protagonistas carecen de brújula para situarse en la realidad y destrozan sus vidas. Y es que los seres humanos interpretamos los hechos desde las valoraciones con las que los leemos; sin ellas, el libro del mundo carece de sentido, nos faltan las claves para descifrarlo, como confirman las investigaciones sobre el funcionamiento del cerebro.

Nuestro cerebro es un procesador de historias, más aún que un procesador lógico, y las historias se cuentan desde valoraciones. A pesar de los positivistas, son valores razonables los que dan sentido al quehacer de las ciencias y las técnicas, los que impulsan la investigación y el afán de saber, los que impiden contentarse con lo ya conocido y exigen avanzar proactivamente creando un universo nuevo. Y, en la otra cara de la moneda, en el mundo de la política y de la ética, no es verdad que todas las posiciones son subjetivas y que es imposible preferir unas frente a otras racionalmente. Hechos y valores se entreveran, ciencias y técnicas están escritas también en el lenguaje de los valores, en el lenguaje axiológico.

Pero si esto es así, ¿cuáles serán los mejores valores por los que se debe apostar para prestar un servicio a la sociedad? ¿Desde qué capital axiológico hay que orientar las investigaciones?

Una segunda clave de esta revista nos ayudará a encontrar una buena respuesta, porque nace también con el afán de poner en un lugar central el valor de la igualdad; igualdad entre mujeres y varones, pero también la reducción de cualesquiera desigualdades injustas. No reducción de la diversidad cuando es enriquecedora, sino de las desigualdades injustas. Y precisamente para lograrlo, para descubrir qué valores nos permitirán superar las desigualdades injustas, resulta muy fecundo preguntarse por un hecho insólito: ¿cómo se pudo durante siglos apartar a las mujeres de la vida pública, de la vida política y de los puestos desde los que se asumen responsabilidades en la

ciencia y en la técnica?, ¿cómo se pudo recluir a la vida privada a la mitad al menos de la humanidad, es decir, al hogar, la vida romántica, el convento, el burdel o, sencillamente, la miseria?

La bibliografía que intenta responder a estas preguntas es inmensa, pero yo voy a limitarme por evidentes razones de espacio a sacar a la luz un mecanismo que ha resultado muy efectivo: dividir el conjunto de las cualidades humanas en dos lotes, asignando uno de ellos a los varones y otro a las mujeres. El primero de estos lotes resultaría ser excelente para gestionar la vida política y la económica en la esfera pública, mientras que el segundo, el de las mujeres, sería óptimo para desempeñar las tareas propias de la vida privada. Surgían así presuntamente una ética masculina y una femenina, un ideal de perfección para varones y uno para mujeres.

Y con el tiempo se fue entendiendo que la voz ética de las mujeres es la que se encarga de proteger la trama de relaciones que puede ser dañada para que los vulnerables no queden desamparados, la voz del cuidado de los débiles, la que atiende a las narrativas y los contextos concretos, la que se preocupa por el caso particular, por el que sufre aquí y ahora, por los humillados y ofendidos secularmente, por los tradicionalmente excluidos.

Pero esta ética es en realidad tanto de mujeres como de varones, es patrimonio axiológico de todas las personas, y se pronuncia con mayor o menor fuerza en cada una de ellas, y, sin embargo, es la que ha quedado recluida en la vida privada como si no pudiera tener lugar en la pública, como si no fuera también indispensable en ella. A lo sumo, se permite en las organizaciones cívicas o solidarias, en los grupos de voluntariado o en las asociaciones benéficas del Tercer Sector. No en el núcleo duro de la política, la empresa, la entidad financiera, la ciencia y la técnica. Cuando lo bien cierto es que en las raíces de la crisis que venimos padeciendo desde 2007 ha fallado estrepitosamente la voz ética de la justicia, pero tal vez porque quienes actuaron injustamente no tenían sentido de la compasión, no tenían la capacidad de padecer con aquellos a los que expulsaron del sistema.

Y, sin embargo, esta artificial división de las virtudes humanas y su distribución para justificar la división sexual del trabajo, que es ideológica, precisamente por su carácter ficticio ha perjudicado, no sólo a las mujeres, sino también al conjunto de la humanidad. Porque, en realidad, las excelencias en humanidad, los valores y las virtudes constituyen el patrimonio axiológico de todas y cada una de las personas, las diferencias en virtud y valor son personales. Y yendo todavía más lejos: hoy reclamamos que las virtudes tenidas por femeninas, que son la compasión, el cuidado y la responsabilidad por los seres vulnerables, impregnen también la vida pública, una vida pública que sin ellas es inmisericorde y despiadada.

Es, pues, una buena noticia, una excelente noticia, que hoy vea la luz una nueva revista, deseosa de conjugar las ciencias y las técnicas con los mejores valores de la sociedad a la que deben servir y orientarse en esta tarea por un afán de igualdad entre mujeres y varones, entre los seres humanos que somos afortunadamente diferentes. En el quehacer de la nueva revista estarán presentes a buen seguro esos valores que componen el patrimonio ético de la humanidad.

Dra. Adela Cortina Orts

Catedrática de Ética y Filosofía Política

Miembro de Número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Directora de la Fundación ÉTNOR

Doctora Honoris Causa por la Universitat Politècnica de València